



## Mil Años de la Cultura Húngara

Tras muchos siglos de migración, el pueblo magiar llegó de las estepas de la Europa Oriental a su patria definitiva: la Cuenca de los Cárpatos, el lugar que antaño había constituido el imperio ávaro. Después de la Conquista de la Patria, acontecida en el año 896 y dirigida por el príncipe Árpád, el pueblo húngaro muy rápidamente abandonó el modo de vida ganadero nómada, cambiándolo por la agricultura, y luego de poner fin a las correrías occidentales, como resultado de la derrota que en 955, en Augsburg, le infligieron las tropas del emperador romano germánico Otón I, y por iniciativa del gran príncipe Géza, comenzó a aproximarse a las naciones y a la cultura de la comunidad de Estados cristianos occidentales. Géza, a quien los cronistas occidentales llamaban rey (“rex”), en 973 envió una delegación de alto rango a la Dieta Imperial alemana de Quedlinburgo, invitó a su corte al obispo de Praga, al pío Adalberto -quien más tarde, en un viaje de catolización, fue asesinado por los prusianos paganos, es decir, los integrantes de una tribu eslava occidental-, contribuyó a la fundación del monasterio benedictino de Pannonhalma bajo la advocación de San Martín. Géza se bautizó pero al mismo tiempo conservó sus antiguas costumbres paganas.

Su hijo, Vajk, bautizado con el nombre de Esteban, fue educado para ser un monarca cristiano, y pidieron como esposa para él a Gisela, hermana mayor del rey Enrique II de Baviera. En el año 1000 Esteban se hizo coronar con la corona solicitada del Papa Silvestre II, y terminó la labor de construir un Estado, iniciada por su padre. Fundó diez diócesis, varios monasterios, mandó construir iglesias, organizó el sistema de administración pública de los condados reales, derrotó a aquellos jefes tribales que querían conservar la religión pagana y se confrontaron con la orientación europea, e igualmente defendió su país frente los ataques provenientes de Occidente. Guió su pueblo hacia las naciones de la Europa cristiana y creó el Reino de Hungría. Con justa razón, uno de sus sucesores ulteriores, el rey Ladislao, lo hizo elevar



Mihály Munkácsy: La Conquista de la Patria



La abadía benedictina de Pannonhalma

entre los santos de la Iglesia, junto con el pío príncipe Emerico, el tempranamente fallecido heredero de Esteban, y con el obispo Gellért (Gerardo), quien murió como mártir en los acontecimientos de la sublevación pagana de 1046.

Los orígenes de nuestra cultura y literatura nacionales, trátense de las tradiciones orales transmitidas por el pueblo o de las primeras huellas de la cultura escrita, se pierden en la penumbra de tiempos remotos. Somos herederos de numerosas leyendas históricas relativas a la procedencia de los húngaros, a su migración y acerca de la conquista de la patria. Probablemente, la escritura en idioma húngaro tiene una historia mucho más larga de lo que nos indiquen los recuerdos conservados, ya que la cultura eclesiástica y cortesana húngara tiene un pasado de casi mil años, y desde que San Esteban, el primer rey de los húngaros, se adhirió junto con su pueblo al cristianismo occidental, había cada vez más personas letradas en los conventos, cabildos y cancillerías reales, si bien en aquel entonces se utilizaba en primer lugar el idioma latino, generalizado en la Europa medieval. Al mismo tiempo, se conservaron algunos recuerdos de la antigua escritura rúnica de los

paganos, tallados en piedra (por ejemplo, en algunos templos de Transilvania). Muy pronto aparecieron también textos en idioma húngaro, escritos con el alfabeto latino. Tras algunas huellas esporádicas, nuestro primer texto en prosa, “Haltotti beszéd” (Discurso mortuorio), traducción al idioma húngaro de una oración fúnebre en latín, data de mediados del siglo XII, mientras que el primer poema en húngaro, “Mária-siralom” (Lamentación de María), escrito según un original latino, proviene de un siglo más tarde. Les siguieron traducciones de la Biblia, leyendas que trataban acerca de la vida de los santos húngaros, sermones y otros textos eclesiásticos, mientras que el latín siguió siendo por mucho tiempo más el idioma de las escrituras laicas: de las obras históricas y de los actos oficiales.

Los húngaros crearon su propia cultura nacional en el punto de confrontación de dos grandes culturas: provenían del este, habían adquirido sus tradiciones originales de la cultura ancestral de la región de estepas de Eurasia. No obstante, como consecuencia del sincero compromiso cristiano de sus primeros reyes, así como de su inteligente visión de la situación política, abrazaron la cultura occidental y un

siglo después de haberse establecido en la Cuenca de los Cárpatos, ya encontraron su lugar entre las naciones occidentales.

El idioma húngaro pertenece a la familia de lenguas finougrias, sus parientes son los finlandeses, los estonios y otros pueblos pequeños que viven en los montes Urales y en la región del río Volga, en el actual territorio de Rusia. Sin embargo, la procedencia étnica de los húngaros les relaciona, en parte, a los pueblos turcos de la Asia Interior. La originalidad de su música y su arte decorativo tienen igualmente orígenes turcos. Al vivir este pueblo en el campo de imantación de la cultura occidental y asimilando la espiritualidad y los valores de la civilización cristiana, la herencia cultural del Este sólo se conservó en la estructuras profundas de la cultura, primordialmente en el idioma húngaro, el cual tiene fuertes lazos que lo unen con la cultura de los pueblos orientales no sólo en cuanto al origen de su vocabulario básico o de su gramática sino también en su carácter poético, de fuerza mítica.

Por todo ello, la nación húngara se convirtió en una nación completamente occidental, cuya evolución se completó gracias a los sucesores cultos y de mano fuerte de San Esteban: San Ladislao y Kálmán “el bibliófilo”, Béla III y Béla IV. Los monarcas de la dinastía de Anjou, Carlos Roberto y Luis el Grande, el que era rey de Polonia, y por lo tanto, reinaba sobre un imperio enorme, desempeñaron papeles similares, y aun más, llevaron a cabo la grandiosa tarea de conformar la gran potencia húngara medieval.

La Hungría histórica, antaño rodeada por las montañas de los Cárpatos, era la zona fronteriza y el último baluarte de la civilización occidental: al sur de ella se encontraba el imperio bizantino, representante del cristianismo oriental, y sobre sus ruinas, el imperio turco musulmán; al este, estaban los kanatos tártaros y más tarde, la po-

tencia mundial rusa. En esos tiempos, Hungría era una poderosa fortaleza del cristianismo occidental. La dinastía real, procedente del conquistador del territorio patrio, el caudillo Árpád, dio más santos a la Iglesia que cualquier otra casa real católica. Los caballeros y los reyes caballeros húngaros participaron en las cruzadas a Tierra Santa, y el país desempeñó cierto papel misionario y de transmisor cultural hacia el este y el sur.

Durante los siglos del medioevo, el Reino de Hungría fue considerado un baluarte del cristianismo occiden-

tal. En efecto, las fronteras orientales y meridionales del país constituían a la vez las fronteras del occidente. Esto queda demostrado muy bien por el hecho de que Hungría era la región fronteriza de la construcción de iglesias románicas y góticas: las catedrales San Martín de Bratislava y Santa Isabel de Kosice, así como los templos de Nuestra Señora de Buda y de San Miguel de Cluj, así como la Iglesia Negra de Brasov son testimonios de la expansión de la civilización occidental hacia el oriente. La arquitectura, la pintura y la escultura medievales húngaras surgieron

ante todo por iniciativa eclesiástica y en ello jugaron un papel considerable las órdenes monásticas, particularmente los benedictinos y los cistercienses, a la vez que el poder real también nos legó importantes recuerdos arquitectónicos, principalmente, en Esztergom, Székesfehérvár y Buda.

A pesar del indudable progreso, el Estado húngaro medieval ocasionalmente tuvo que afrontar crisis graves, debido, por lo general, a que las potencias enemigas, que atacaban desde el este, en varias ocasiones destruyeron los resultados del desarrollo. Por ejemplo, las tropas de los mongoles (tártaras), los que a mediados del siglo XIII invadieron las regiones orientales de Europa y en 1241 derrotaron, en la batalla de Muhi, el ejército del rey Béla IV, destruyeron prácticamente todo el país. El rey tuvo que abandonar huyendo el país, y cuando volvió hubo de llevar a cabo una “segunda fundación de la patria”. En el siglo XV alcanzó las fronteras del país un enemigo mucho más peligroso que los anteriores: el imperio turco otomano que se expandía desplegando enormes fuerzas militares. El excelente estratega, János Hunyadi, logró detener su avance por varias décadas con la histórica derrota de las tropas turcas en 1456 en Nándorfehérvár (el actual Belgrado). Gracias a esta victoria, la que libró por mucho tiempo la Europa cristiana de la expansión turca, el hijo entronizado de Hunyadi, Matías, sólo tuvo escaramuzas pequeñas con los turcos, y pudo intentar edificar un imperio en el occidente, para emplear luego la fuerza de éste contra los turcos.

El Reino de Hungría, ubicado en el orden mundial occidental, se sentaba sobre bases económicas sólidas (el país era uno de los centros medievales de la minería de metales preciosos y la renta del rey húngaro alcanzaba los ingresos del monarca de Inglaterra), estableció una organización estatal duradera y creó una



La biblioteca del rey Matías guardaba el tesoro de 2500 Corvinas

rica cultura. Es un hecho el que no sólo queda demostrado en numerosas y excelentes obras arquitectónicas, pinturas y esculturas, de estilo románico y gótico, creadas en Hungría y representantes del nivel europeo de la época, sino también en el fortalecimiento de la literatura medieval húngara: los códices en idioma húngaro (lamentablemente, gran parte de ellos fue destruida durante las guerras) constituyen una importante biblioteca virtual. En Hungría, durante el exitoso reinado del rey Matías, en la segunda mitad del siglo XV, uno de los talleres más importantes de la cultura renacentista europea funcionaba en los palacios de Buda y de Visegrád. La influencia del Renacimiento italiano dejó sus huellas en Hungría mucho antes que en los demás países de la región centro europea. Las obras maestras de la biblioteca de Matías en Buda, los llamados Corvinas, siguen siendo piezas mundialmente apreciadas del arte tipográfico renacentista.

Hungría no solamente asimiló la cultura cristiana occidental, sino también defendió sus valores abnegadamente, y en estas difíciles batallas más de una vez quedó derrocada por el enemigo proveniente del este. Se produjo un viraje trágico en las seculares guerras turcas: en 1526 el sultán turco venció al rey húngaro en el campo de batalla de Mohács. Las consecuencias fueron fatales para los húngaros. En 1541 quedó en manos de los turcos la capital del reino, Buda, y el país se dividió en tres partes: en las zonas occidentales asumió el poder la Casa de Habsburgo, el centro del país fue dominado por los turcos, mientras que en las regiones sudorientales, en Transilvania, se estableció, como último baluarte de la continuidad nacional, un principado húngaro independiente. La ocupación turca duró ciento cincuenta años, y sólo después de 1686, tras la reconquista de Buda, se restableció poco a poco la organización estatal del reino de Hungría.

Después de las derrotas sufridas a lo largo de la historia, la cultura nacional, y sobre todo la literatura reanimaron la vitalidad de los húngaros. La Reforma de Lutero, y más tarde, la de Calvino, llegados a suelo húngaro, contribuyeron a fomentar esa fuerza vital al promover la continuación del desarrollo de la cultura en la lengua nativa. La renovación católica, que igualmente reconoció la importancia de la cultura nacional, sirvió los mismos propósitos. En 1590 se publicó, en la traducción del predicador Gáspár Károli, la versión protestante de la Biblia completa en idioma húngaro (la Biblia de Vizsoly). La versión católica de la Biblia, publicada en 1626, se relaciona con el nombre del religioso jesuita György Káldi.

En la época de las guerras turcas y de las luchas de la Reforma, el espíritu creador húngaro se manifestó en la obra de Bálint Balassi, el más destacado representante de la poesía renacentista húngara; Péter Pázmány, excelente predicador y fundador de universidad, organizador de la Contrarreforma católica, así como Miklós Zrínyi, exitoso estratega y autor del poema épico barroco, titulado “Szigeti veszedelem” (El sitio de Sziget). Los conquistadores turcos, al igual que el gobierno Habsburgo consideraban Hungría como zona

fronteriza del imperio, y por lo tanto, reprimieron las aspiraciones independentistas húngaras, representadas, en primer lugar, por los príncipes de Transilvania: István Bocskai, el que se volvió contra los monarcas de Habsburgo, Gábor Bethlen, y luego Ferenc Rákóczi II, elegido príncipe por los Estados húngaros.

Debido al desmembramiento del país y a la pérdida de su independencia, las instituciones de la cultura occidental no pudieron desarrollarse verdaderamente. De este modo, a diferencia de siglos anteriores, el país no tuvo su propia corte real, similar a las que en todos los países europeos desempeñaban un importante papel organizador en el progreso cultural. La cultura nacional se albergaba más bien en la corte principesca, más modesta, de Transilvania, en los palacios de la alta nobleza, en las aulas episcopales, en las escuelas eclesiásticas, en los conventos y en las parroquias. La causa de la literatura y la de la nación seguían estrechamente entrelazadas: el erudito enciclopedista de Transilvania, János Apáczai Csere, proclamó el programa de las escuelas en lenguas nacionales, y los memorialistas transilvanos ilustraron de forma personal los acontecimientos históricos. Las memorias del príncipe Ferenc Rákó-



*Representación medieval de la capital húngara, Buda*



*La biblioteca del Colegio Reformador de Sárospatak*

En el reinado de José II dieron fiel testimonio de las luchas internas de una destacada personalidad. En la corte del príncipe vivía Kelemen Mikes, renovador de la prosa húngara, el que se vio obligado a exiliarse, junto con su señor, en Turquía.

Al finalizar las guerras turcas y apaciguadas las luchas de independencia, las décadas del siglo XVIII transcurrieron en Hungría con un desarrollo relativamente tranquilo. Esto se debió mayormente a la reina María Teresa, la que con su política tolerante y con su cariño para con el pueblo fue la primera persona de la dinastía de Habsburgo que pudo conquistar la simpatía de los húngaros. Tras las enormes devastaciones, el país se volvió a reconstruir: las construcciones barrocas de esta época representan la imagen de la Hungría del antaño. Se erigieron palacios, catedrales, bibliotecas y escuelas y al cabo de poco tiempo también renació la cultura literaria. Los jóvenes húngaros que prestaban servicio en la guardia de corps en la corte vienesa fueron los primeros en conocer los ideales de la Ilustración francesa y alemana y por iniciativa de ellos cobraron fuerza las bellas letras y la literatura científica en lengua

materna. En este período, el país, como reino con cuerpo estatal propio y autonomía, formaba parte del imperio Habsburgo, por lo tanto, su independencia no era total.

El hijo de la muy popular reina, José II, quería establecer una monarquía centralizada y aunque introdujo reformas de gran valor en los ámbitos social y religioso, no tenía la intención de cumplir aquellas aspiraciones de los húngaros que se relacionaban con la cultura y con el idioma. Su sucesor anuló las reformas introducidas por iniciativa de José II. Por esto, el movimiento republicano húngaro, surgido a raíz de la ilustración francesa y de la revolución parisina de 1789, aspiró a cambios muy radicales, pero sin ningún éxito: sus dirigentes fueron ejecutados o encarcelados.

Por tanto, los talleres de la independencia nacional y de la transformación social tuvieron que organizarse en el campo de la literatura, en pos de las ideas de la ilustración y del liberalismo occidentales. Tras el tormentoso siglo y medio del yugo turco, la vida intelectual húngara volvió a encontrar la corriente principal del desarrollo cultural occidental. Los representantes de estos ideales

eran el ex-prisionero Ferenc Kazinczy, consagrado a la renovación moderna del idioma húngaro, Mihály Csokonai Vitéz, muerto muy joven, quien introdujo el mundo sentimental de la poesía rococó, así como Dániel Berzsenyi, en cuyas formas poéticas clasicistas se detecta la huella del universo visionario y filosófico del romanticismo.

La primera mitad del siglo XIX fue la era heroica tanto de la historia como de la literatura húngaras. En esta época, las asambleas nacionales húngaras sentaron las bases para la transformación social, la liberación de los siervos y la aparición de la burguesía; el húngaro se convirtió en el idioma de la vida estatal y la cultura magiar pudo alcanzar una vez más la cultura de las naciones occidentales. El conde István Széchenyi, persona de una vasta cultura occidental y excelente autor de diarios, de orientación, principalmente inglesa, se puso a la cabeza de la construcción económica y política que se llevó a cabo durante la llamada “era de las reformas” húngara. A raíz de su abnegado trabajo organizador, se creó la Academia de Ciencias de Hungría, se construyó el Puente de Cadenas, para unir Buda y Pest, se inició el desarrollo de la red ferroviaria húngara y la regulación de los ríos Danubio y Tisza.

En la literatura húngara, los representantes del romanticismo nacional evocaron el pasado heroico del país, profesando el ideal de la libertad y ampliando los horizontes nacionales hasta las perspectivas europeas. Las figuras más destacadas de esta época fueron el poeta y político Ferenc Kölcsey, autor del himno nacional, József Katona, creador del drama nacional, Mihály Vörösmarty, poeta que hablaba en el lenguaje de la poesía mítica del gran romanticismo europeo, Miklós Jósika, autor de novelas históricas populares y József Eötvös, propagador de los ideales del liberalismo.

La aspiración a reformas sociales y políticas despertó el interés por la

cultura y la vida del campesinado, y la poesía pronto encontró inspiración en el lenguaje y en las costumbres populares, haciéndose eco de los deseos del pueblo. Los clásicos de este populismo poético fueron Sándor Petőfi y János Arany, cuya suerte también puede verse como ejemplos. Ambos tomaron parte en los acontecimientos de la revolución del 15 de marzo de 1848 con el fin de convertir en realidad, también en tierras húngaras, el triple lema de la revolución francesa de 1789. La revolución buscaba conquistar la independencia total del país frente al imperio austríaco y quería establecer la igualdad de derechos de los ciudadanos: es decir, crear el Estado burgués moderno en lugar del régimen de los estamentos.

El líder de la revolución fue Lajos Kossuth, excelente orador y pensador político, afamado también más allá de las fronteras del país. A la revolución sin sangre, le siguió una sangrienta guerra de independencia. Primero, la corte vienesa instigó a una parte de las minorías nacionales de Hungría contra los húngaros, luego intervino con fuerza militar, y finalmente sólo pudo someter la autodefensa de los húngaros uniendo fuerzas con el Estado más autocrático de la Europa de entonces, la Rusia de los zares. En esta lucha en defensa propia sacrificó su vida Petőfi, y de esta aplastada guerra guardó Arany los dolorosos recuerdos que quedan plasmados en su poesía elegíaca.

Después de la derrota, le correspondió nuevamente a la cultura nacional, particularmente a los escritores, el papel de mantener despierta la voluntad de vivir de la nación y de brindar ideales a los húngaros desilusionados. Los poemas épicos de János Arany evocaron las páginas más gloriosas de la historia húngara, Mór Jókai creó, en sus novelas, verdaderos poemas heroicos acerca del amor a la libertad de los húngaros, en sus novelas históricas y ensayos políticos, Zsigmond Ke-



*Ferenc Liszt*

mény puso de manifiesto la necesidad del autoconocimiento nacional y de la cuerda política realista, mientras que Imre Madách presentó una visión mítica de la historia y del futuro de la Humanidad entera, en su drama titulado “La tragedia del hombre”. La música nacional desempeñó un rol similar: las óperas de Ferenc Erkel y la música de Ferenc Liszt (lo mismo que su actuación personal) sirvieron igualmente al fortalecimiento de la identidad nacional.

Los húngaros resistieron el peso de la opresión. En 1867, como resultado de los esfuerzos tanto del prudente político de la reforma, Ferenc Deák, como del monarca Habsburgo Francisco José I, que quería hacer las paces con la nación y de su cónyuge, la reina Isabel, guiada por el amor sincero que sentía por los húngaros, se produjo el compromiso austro-húngaro y se formó la Monarquía Austro-Hún-

gara dualista, con sede en Viena y Pest-Buda, y a la accidentada historia de los húngaros nuevamente llegó la época del progreso, a la vez que el peso del país aumentaba paulatinamente dentro de la Monarquía. Así pudo suceder que en el congreso de Berlín de 1878, llamado a regular las relaciones entre las grandes potencias europeas, el ex-revolucionario húngaro, conde Gyula Andrassy, representó a la Monarquía.

A lo largo del casi medio siglo, transcurrido entre el Compromiso y la Primera Guerra Mundial, en Hungría se llevó a cabo una fuerte transformación burguesa, se desarrollaron extraordinariamente la industria y el comercio, se completó la red ferroviaria y se establecieron las instituciones de la constitucionalidad parlamentaria. Sin embargo, este país, en vías de desarrollo y de fortalecimiento, afrontaba problemas sumamente graves. Casi la mitad de

la población de Hungría la constituían minorías nacionales no húngaras (los alemanes, rumanos, eslovacos, serbios y rutenos), y estos pueblos exigían derechos autónomos, que el gobierno húngaro no tenía la intención de concederles. Además, el país necesitaba urgentes reformas sociales, seguía en vigor el sistema latifundista y las masas del campesinado empobrecido, los obreros organizados de las grandes industrias y las capas burguesas e intelectuales, cada vez más fuertes, reivindicaban transformaciones radicales. Pero los gobiernos conservadores húngaros oponían metódicamente cualquier intento de reforma. Los poemas pesimistas de Gyula Reviczky y de János Vajda, así como las novelas irónicas de Kálmán Mikszáth dan parte sobre este período tanto de enriquecimiento como de conflictos profundos.

Una vez más, la vida intelectual hubo de representar los ideales del desarrollo libre, del compromiso con las nacionalidades y de la transformación democrática. A principios del siglo XX, y bajo el signo de la renovación nacional y cultural, surgió el movimiento de escritores en torno a la revista "Nyugat" (Occidente), que dio un nuevo significado a la tradicional orientación occidental de la literatura húngara, al introducir las grandes corrientes intelectuales y artísticas del fin de siglo y comienzos de la nueva centuria. La poesía mítica de Endre Ady, la obra representativa de altos principios morales de Mihály Babits, la perspectiva europea de Dezső Kosztolányi, el culto a la belleza de Árpád Tóth y la lira de Gyula Juhász que se concomía entre conflictos espirituales, fueron expresión de esa modernidad húngara y europea al mismo tiempo, al igual que la fueron las novelas descriptivas de la realidad de Zsigmond Móricz, y el mundo de ensueño de Gyula Krúdy, el que en su manejo del tiempo llegó a los mismos resultados que los renovadores europeos occidentales del género de la novela.

También nuestros compositores y artistas plásticos participaron en la renovación intelectual, entre ellos Béla Bartók y Zoltán Kodály, quienes injertaron las tradiciones de la música antigua y popular húngara en la cultura musical moderna, así como József Rippl-Rónai, Tivadar Csontváry Kosztka y Lajos Gulácsy, los que crearon una genuina pintura húngara según los ideales internacionales del impresionismo, simbolismo y modernismo. Al mismo tiempo, esta pintura húngara se radica orgánicamente en de la historia del arte europeo, incluso, Budapest junto con Viena, fue el principal foco del arte modernista.

La renovación espiritual, acontecida a comienzos del siglo XX en Hungría, fue promotora de una verdadera "era de reformas nueva". Sin embargo, los planes reformistas no tuvieron resultados, porque en 1914 estalló la Primera Guerra Mundial, en que los húngaros, junto con los demás pueblos de la Monarquía, combatieron en el bando de la Alemania imperial hasta el final, y perdieron. La derrota sufrida en la guerra no permitió la reorganización moderna, la transformación federal del imperio austro-húngaro, sucedió

todo lo contrario, hasta la antigua Hungría llegó a desintegrarse. Tras las conmociones sociales de la transformación democrático-burguesa que tuvo lugar principalmente en Budapest, en el otoño de 1918, del golpe militar comunista de 1919, encabezado por Béla Kun y de la siguiente contrarrevolución "blanca", encabezada por el almirante Miklós Horthy, el tratado de paz firmado en el palacio Trianon, cerca de París, redujo el territorio histórico de Hungría, dejándola independiente, a su tercera parte, con una población que quedó en menos de la mitad, y uno de cada tres húngaros quedó bajo el poder de gobiernos ajenos, convirtiéndose en minoría.

La vida económica húngara se repuso con muchas dificultades de las pérdidas sufridas, y el sistema político implantado durante la regencia de Miklós Horthy tampoco promovió la verdadera modernización de la sociedad, sino todo lo contrario: mantuvo los privilegios de las capas dominantes tradicionales. Aún así, en los años treinta se manifestaron los resultados de la modernización económica y cultural, debido en este último caso, a la actuación muy conceptual del



*El edificio de la Academia de Ciencias Húngara*



Zoltán Kodály



Béla Bartók



Zoltán Kocsis

ministro de cultura, conde Kunó Klebelsberg. Sin embargo, la capa dirigente política húngara y el pueblo húngaro no pudieron aceptar las injusticias del tratado de paz de Trianon y reaccionaron con desesperación ante la política de represión del que fueron víctimas los tres millones de húngaros empujados a la suerte de transformarse en minorías. Por lo tanto, la política del país no se de-

dicaba primordialmente a la necesaria modernización de la sociedad, sino a la causa de remediar los agravios de Trianon: la revisión territorial.

En medio de circunstancias históricas desfavorables, la literatura tuvo que representar, nuevamente, los ideales de las reformas sociales y del progreso europeo. El círculo de la revista "Nyugat" (Occidente): Mi-

hály Babits, Dezső Kosztolányi, Frigyes Karinthy, Milán Füst, Jenő Tersánszky Józsi y la nueva generación de escritores que se alineó junto a ellos: Lőrinc Szabó, Sándor Márai, Sándor Weöres, Miklós Radnóti, así como Károly Kós, Sándor Reményik, Lajos Áprily, Jenő Dsida y Zoltán Jékely, de Transilvania, se manifestaron, en representación del humanismo europeo, contra la bar-

*La Orquesta Festival de Budapest*



barie de la época: tanto contra los movimientos de extrema derecha como de extrema izquierda. Lajos Kassák, destacada personalidad creadora del vanguardismo húngaro, reclamaba la transformación con pasión y rebeldía, mientras que Sándor Sík, representante de la espiritualidad católica, se manifestaba en defensa de los valores cristianos universales. Los representantes de la izquierda literaria: Attila József, Lajos Nagy y Tibor Déry, buscaban una nueva armonía humana dentro del orden de una sociedad comunitaria. Una de las tendencias intelectuales más impactante de la época la conformaron los llamados “escritores del pueblo”, que se encargaron de la representación de los intereses campesinos: Gyula Illyés, László Németh, János Kodolányi, István Sinka y Áron Tamási, que trabajaba en Transilvania sometida a la soberanía de Rumanía, unieron el ideal de la democracia agraria y la voluntad de la renovación nacional con la poética de un realismo literario modernizado.

A la espera de la subsanación de los agravios padecidos a consecuencia del tratado de Trianon, Hungría se convirtió paulatinamente en aliada de Alemania e Italia, y mediante la intercesión de ellas, pudo recuperar parte de los territorios perdidos: en 1938, recuperó la franja habitada por húngaros de la llamada “Región Alta” (Felvidék), en 1939, la “Subcarpática” (Kárpátalja), en 1940, Transilvania del Norte y la “Tierra de los Sículos” (Székelyföld), y en 1941, la región de Bácska. Por consiguiente, el país quedó comprometido con las “potencias del eje”, de manera que en 1941 Hungría también se convirtió en parte beligerante. En el invierno de 1942-1943, la mayor parte de su ejército pereció, víctima de los combates librados junto al río Don. Ni el conde Pál Teleki que sacrificó su propia vida, ni Miklós Kállay, con su política sobria y táctica, pudieron salvar el país de los sufrimientos de la guerra.



*Los dos protagonistas de la película Carrusel del director Zoltán Fábry: Mari Töröcsik e Imre Soós*



*Klaus Maria Brandauer en la película Mefistófeles, Premio Oscar ,de István Szabó*

La vida intelectual se enfrentó muy decididamente a la política bélica, y se proclamó la “resistencia espiritual”. Las personalidades más destacadas de la literatura húngara también se opusieron a la invasión hitleriana, acontecida en la primavera de 1944, la que expuso al país a las hostilidades militares y condujo a la deportación y al exterminio de gran parte de los judíos de Hungría. Nuestra literatura se enfrentó a la violencia de la guerra y cuando retornó la paz, le correspondió nuevamente un importante rol al servicio del renacimiento intelectual y moral del país. Durante el período democrático que apenas duró tres años, se configuró una rica vida literaria, talentosos escritores jóvenes se unieron a las generaciones de mayor edad: las filas de los sucesores del movimiento de la revista “Nyugat” fueron fortalecidas por los poetas János Pilinszky y Ágnes Nemes Nagy, los prosistas Géza Ottlik, Iván Mándy y Magda Szabó, a la vez que se sumaban al bando popular László Nagy, Ferenc Juhász e István Kormos.

La dictadura comunista, establecida con apoyo soviético, no solamente ahogó los anhelos de independencia y la creatividad del pueblo húngaro, sino también la libertad del escritor. Decenas de miles de personas fueron encarceladas o internadas en campamentos de trabajo forzado. La tiranía marcada con el nombre de Mátyás Rákosi logró la casi completa destrucción de la estructura mental de la sociedad. Esa dictadura fue barrida, por unos pocos días, por la revolución húngara del 23 de octubre de 1956, en cuya preparación espiritual los escritores también jugaron un papel importante. La insurrección comenzó con una manifestación masiva de la juventud universitaria la que, debido a la interposición armada de la milicia y, luego, a la intervención de las tropas soviéticas, se convirtió en una lucha de independencia, en que el papel más importante correspondió a los obreros e intelectuales jóvenes.

El éxito transitorio de la revolución colocó a la cabeza del gobierno a Imre Nagy, líder del ala reformista del partido comunista y partidario sincero de las reivindicaciones revolucionarias. El gobierno revolucionario restableció el sistema pluripartidista democrático, abolió la Autoridad de Defensa del Estado, organización terrorista de seguridad interna, y anuló el Pacto de Varsovia que el gobierno soviético había impuesto al país.

años setenta, cuando se introdujo la llamada “dictadura blanda”. A raíz del fracaso de la revolución, un número elevado de los ciudadanos huyeron de Hungría, mientras el nuevo poder mandó a cientos de personas al patíbulo, y casi medio centenar de escritores fueron encarcelados. La vida intelectual tardó en volver en sí, no obstante, a partir de fines de los años sesenta ya se hizo presente la intelectualidad



*El Castillo de Diósgyőr, escenario de variados programas culturales*

La revolución de los húngaros y su lucha de independencia librada contra la invasión foránea fueron aplastadas por la fuerza militar soviética. El nuevo gobierno, dirigido por János Kádár, fue puesto en funciones por la dirección del partido soviético. Este régimen volvió a hacer uso de los procedimientos de la dictadura terrorista anterior hasta a mediados de los

independiente, y en las asambleas de la Federación de Escritores Húngaros pudo encontrar expresión la crítica social de carácter opositor.

En este período estuvieron activas más de una de las grandes generaciones de la literatura húngara. Trabajaron al servicio de la renovación permanente aquellos escritores cuya plena actividad corresponde a tiempos posteriores a 1956,

tales como, por ejemplo, en el ámbito de la poesía, Sándor Csoóri, Ottó Orbán, Dezső Tandori, István Ágh y György Petri, en la narrativa, Miklós Mészöly, Tibor Cseres y Ferenc Sánta, y en el género dramático, István Örkény, y más tarde, Péter Esterházy y Péter Nádas. Estos últimos sentaron las bases de la narrativa posmoderna húngara. Autores de talento creador reflejaron la vida, los problemas y las esperanzas de los

la transición democrática, acontecida al final de los años ochenta.

A partir de mediados de los años ochenta, en la vida literaria se fortalecieron los movimientos de la intelectualidad opositora e independiente, sobre todo, entre los economistas reformistas y los de la “oposición democrática”, publicadores de “samizdat” (publicaciones clandestinas). Luego, como consecuencia de la crisis generalizada del

Demócratas Libres y la Federación de Jóvenes Demócratas. Tras la disolución, en 1989, del Partido Obrero Socialista Húngaro, partido estatal comunista, se creó el Partido Socialista Húngaro. En 1990, como resultado de elecciones pluripartidistas, se formó el gobierno de centro-derecha de József Antall, y Árpád Göncz y luego de él, Ferenc Mádl fueron elegidos presidente de la república. Conforme con el sistema de alternación política, en 1994 Gyula Horn, del centro-izquierda, en 1998, Viktor Orbán, del centro-derecha y en 2002, en representación de los partidos del centro-izquierda, Péter Medgyessy formaron gobierno. En Hungría, se establecieron las instituciones del Estado de derecho democrático. En 1999 el país se hizo miembro de la OTAN, y en 2004, ingresó en la Unión Europea.

La situación de los húngaros que viven en los países vecinos ha cambiado sensiblemente. Los 1,8 a 2 millones de húngaros que viven en el territorio de Rumanía (en la Transilvania histórica, en el Partium y la región de Bánság), los 600 mil que viven en Eslovaquia, los 200 mil de la región Subcarpatiana (perteneciente a Ucrania) y los 300 mil habitantes húngaros de Voivodina, en Yugoslavia (aproximadamente tres millones, en total), habiéndose librado de la política represiva -también en el aspecto nacional- del régimen comunista, aspiran en todos esos sitios a establecer su propio sistema institucional político y cultural. En todas las regiones húngaras se han creado las organizaciones de representación política, que han podido desempeñar roles parlamentarios, en Rumanía y Eslovaquia incluso forman parte del gobierno. Se han creado numerosas escuelas, organizaciones sociales civiles y eclesíásticas, así como instituciones culturales húngaras. No obstante, todas ellas han de afrontar la ideología del estado nación y el estatismo que aún prevalecen.

También ha cambiado la situación de la emigración occidental húngara que



húngaros confinados a la condición de minorías, entre ellos el narrador y dramaturgo András Sütő y los poetas Sándor Kányádi y Domokos Szilágyi. Durante, incluso, los decenios de la dictadura, la literatura húngara siempre estuvo al servicio de la continuidad de la vida nacional y al mismo tiempo representó los valores de la cultura europea, es por esto que también desempeñó un papel de dirección en

imperio soviético, a fines de los años ochenta se inició el proceso del cambio de régimen, o sea, la democratización del sistema político. Renacieron los partidos históricos: el Partido de los Pequeños Propietarios y el Partido Demócrata Cristiano. Sin embargo, los que cobraron auténtica popularidad, fueron las agrupaciones políticas de nueva creación: el Foro Democrático Húngaro, la Alianza de

tradicionalmente ha desempeñado una misión nacional. Ahora los húngaros que viven en el occidente pueden mantener relaciones libremente con su patria natal y con sus instituciones.

Durante los años 1990, y después del cambio de milenio, aumentó la presencia de la cultura húngara en el extranjero, y sus exponentes han logrado considerable éxito en el extranjero. La participación húngara en la Expo de Sevilla de 1992 fue especialmente memorable. En 1999 Hungría fue el invitado principal de la famosa Feria del Libro de Frankfurt. En años recientes se organizaron festivales representativos del conjunto de la cultura húngara en Bélgica, Francia, Italia y Gran Bretaña, en todo el territorio de los países anfitriones. El escenario de la próxima presentación será Italia.

De entre los escritores húngaros actuales, György Konrád, Péter Esterházy, Péter Nádas, László Krasznai-



Objetos personales de Sándor Márai

horkai, Lajos Parti Nagy y Magda Szabó han ganado una notable popularidad en áreas del habla alemana, francesa, italiana e inglesa. El Premio Nobel con que Imre Kertész fue

galardonado en 2002 por su novela *Sin destino*, significó el reconocimiento de la literatura húngara universal. En el mundo occidental existe un continuo interés por las obras de los maestros de la literatura del siglo XX, sobre todo por las de Dezső Kosztolányi, Zsigmond Móricz, Gyula Krúdy y Antal Szerb. En numerosos países, las novelas de una ambientación particular de Sándor Márai tienen un verdadero renacimiento.

György Kurtág, György Ligeti y Péter Eötvös son los compositores contemporáneos más conocidos en el extranjero. Los pianistas Zoltán Kocsis, András Schiff, Dezső Ránki y Gergely Bogányi siempre son bienvenidos en las salas de concierto más importantes del mundo.

La cinematografía húngara cuenta con directores tan excelentes, de renombre mundial, como István Szabó, Miklós Jancsó, Károly Makk, Péter Gothár y Béla Tarr.

El 1 de mayo de 2004, Hungría se convirtió en miembro de la Unión Europea. Hungría no entró en la comunidad de los países europeos desarrollados con las manos vacías. Uno de los elementos constitutivos de su variada „dote” es la cultura húngara la que a pesar de sus tonos particulares es portadora de valores generales y universales.

